



Óscar López Alvarado

*Solo hay que imaginar a un pintor tratando de nombrar la vitalidad del lugar en que vive
(François Dubois).
Pablo Montoya*

El tiempo y la historia han sido constantes donde los hombres se han representado y a la vez se han universalizado. Andrés Holguín, en su ensayo “*El silencio y el pasado*” comentó que:

El pasado podría definirse como aquello que enmudece. La historia es el reino del silencio. El pasado calla con sus muertes, sus olvidos, sus voces apagadas para siempre. Y, desde ese pretérito sepulto, nos habla, con su propia mudez, imágenes, hechos, recuerdos.

Esta cuestión, viable a las posibilidades que da el silencio de las cosas precedentes, son las que llevan a imaginar la realidad de otro tiempo con una vitalidad desbordante fuera de lo conocido, y que básicamente se da en un dialogo de músicas, de colores o formas, fijados de manera ambigua en el ámbito literario. Un imperio sucesivo de enigmas del que sólo la fabulación puede dar respuesta. Con Pablo Montoya se ha evidenciado esta ardua labor. No es secreto que la pintura, la música y la escritura conforman la fuente esencial de sus textos en

que lo imaginario se presenta para hacerse con la historia. Una labor que, fuera de modas, certifica el vigor de la palabra y la unión de líneas artísticas, notorias cada una en su expresión pero que en la escritura se revela como lenguaje manifestado y que lo representa en la seguridad del decir o recrear.

De la mano de la historia, sucesos, personajes y momentos, sus textos trascienden sin temer a delimitancias, llevando en claro que el escritor, en su posibilidad de abordar otras vías crea mundos infinitos. Es el caso de su reciente libro *Triptico de la Infamia* donde con la Ucronía se invierte una serie de acontecimientos que a través del tiempo han sido mito y a la vez evanescentes. Múltiples conflictos religiosos y políticos, tales como la conquista y sus cruzadas bárbaras, que de manera paralela llevan la marca bélica entre católicos y protestantes, haciendo de la novela un largo lienzo de semblanzas, discursos, llenando vacíos de los que la historia carece de rostros o fundamentos.

A propósito de ello, al hablar de Pablo Montoya, Santiago Mutis pensó la pintura *“Como una bandada de pájaros que desprende su vuelo de lo más lejano del tiempo”*, una evocación que remite a lo enigmático y desconocido; un inconsciente colectivo que resuena en el hombre y se traduce en sonidos al pensar que somos ceniza, huella del pasado. Con *Triptico de la Infamia*, obra cincelada en la versatilidad de voces de una misma pluma es un museo donde el acontecimiento, lo innombrable tiene su posición. Se presenta la

ambigüedad de la imagen, aquella que es apacible y voraz a partir de la inversión, de emociones, del tatuaje y los colores; la historia de tres pintores que con el fondo de una conquista y la llegada del protestantismo se unen para hablar desde la fatalidad y desde los trazos. Aparte de la belleza estética entre su pulida y afinada prosa, Montoya riega la historia para dar visión de la labor artística dentro de las trabas de una época.

Pablo Montoya ejerce la tensión – constante de una buena escritura - al transfigurar la pintura dentro de la literatura. Recreador de contextos y conversador con los colores, esta novela nos hace sumergir en el testimonio y en la sensibilidad de lo inexplorado, en el prejuicio y en la liberación, un encuentro con la palabra que es un puente donde circundan paisajes, ámbitos de profundos sueños y que a la vez da referencia del hombre en cuanto su naturaleza, desde su perplejidad como a la feroz ambición.

El susurro del lenguaje crea a un Jaques Le Moyne determinante en cuanto al arte. Su palabra, su esencia, compacta con la mirada y con aquel mundo exterior que le entregó el asombro: *“El cuerpo se manifestaba como el lugar de todas las representaciones... La piel era un cuadro... por fin él mismo era una pintura”*; siendo la metáfora y la imagen las vías de expresión en que hablan las formas, los colores, y frente a la hostilidad de un contexto testimonia la maravilla de un solo ser en dos figuras. Por ello, Gabriel Arturo Castro comenta que *“La metáfora humaniza a toda*

criatura desde sus tensiones, retos, batallas y luchas”, y es en ese reconocimiento del mundo nuevo, primitivo, en medio de la barbarie, donde el hombre se encuentra con la introspección y se sumerge entre visiones, en la embriaguez del espacio impasible y en la esencia de su ser. Es evidente en cada cuadro la humanización que vincula a los tres pintores: A Le Moyne en el éxtasis de un terreno novedoso, dibujado fantásticamente en un inicio por su maestro Philippe Tocsin, y luego coloreado con la furia las vivencias; a Dubois bautizado por el pesimismo y casado con la tragedia; y con un De Bry en la herencia artística y la inmortalidad del grabado.

El olvido como incertidumbre, pero ante ello existe la metáfora: *“Al levantar mapas construimos metáforas, retazos de discursos de algo que intenta sobrevivir en medio del tiempo que es inasible”*, diría Tocsin, junto a la locución pictórica en la que también nos familiarizamos con el exilio ya que en el color hay una huida de lo preciso, como acontece para Dubois, ya que la poesía puede vivir en un solo cuadro. Suplicio. La herida ejercita sus llagas al recrear la Masacre de San Bartolomé, siendo ahí el lugar donde encontramos los diversos rostros para mirar la realidad.

Pintura y lenguaje, la vía de su arte poética. Pablo Montoya conjuga estos dos espacios para trazar lo inefable, los rastros de la historia violenta bajo un ojo inquieto, para revelarla con crudeza y poetización más allá del simple hecho anecdótico, llevada al plano de la posibilidad con una prosa exquisita a la lectura

pero implacable en contenido. Una mirada objetiva a la colonización, a los conflictos y el hombre, diferencial en voces pero percibida sin sosiego a la realidad de nuestros sentidos.

Por otro lado, sus novelas se leen con el mismo fervor con que se acude a sus poemas o sus ensayos sin figurar una conceptualización, sino que el todo está ahí, con intuición, textos vinculados polisémicamente que nos ofrece sucesos, y una imprenta llena de poesía, como en las citas que siguen: *“El amanecer se dibujaba entre las arboledas”*; *“Un silencio espeso planeaba en la atmosfera”*; *“Palmeras que dialogan con el follaje de otros árboles”*; *“La luz...que...lame sin ansiedad los contornos de cada objeto doméstico”*; *“De esa putrefacción lejana, el fósil surge como un milagro oscuro para iluminar nuestro palpito con el tiempo”*. Es pertinente tener en cuenta que su prosa no es la simple descripción, por el contrario, es un mundo donde se palpa la creación autónoma, acercándose a las diversas formas que exige la narración, aseverando lo que diría Santiago Mutis que *“Pablo Montoya ha escogido la prosa para su poesía; sin ella no podríamos siquiera acercarnos al hombre”*.

En palabras de Virginia Wolf *“El novelista está terriblemente cerca de la vida”*, y no sólo al ubicarse en un espacio temporal sino en la incertidumbre de llevar a cuestras el punto que nos precede, génesis de un camino que interpreta signos por medio del arte. Con el fundamento temático de la conquista de América, Pablo Montoya establece puentes irreductibles con el arte, para mostrar cómo una

pintura hace sentir una realidad o siquiera, cómo ella es un portal para viajar a través de mundos inexplicables. Una cuestión que rodea lo incierto, lo que jamás se expresa, como colores, figuras, para intuir el valor simbólico, una naturaleza que además de circundarnos nos determina de manera invisible. El lugar común no existe en las líneas de Montoya, no se perciben largas reiteraciones de lo que se conoce o se ha escrito, sino que da el encuentro con la ensoñación, lugar claro donde transita el lector por las formas y colores, por la luz, a veces opaca, a veces extinta, a veces irreversible en el sentir de los momentos. No advertimos la reescritura de un tratado histórico en su novela, por el contrario, percibimos la sugestiva sucesión de imágenes que nos hace partícipes de su mundo, que nos hace conocer de mano propia los tres pintores y ante todo hace valer lo que en algún tiempo expresó Bachelard y es que *“la ensoñación es la que aleja al hombre del mundo de las reivindicaciones”*.

Por otro lado, Coleridge no se equivocó al decir que *“El arte es la unión y reconciliación de lo que es propio de la naturaleza con lo que es exclusivamente humano”*, y considerando la escritura de Montoya, cada lectura de su obra resulta de una confabulación, tanto al reconocer sus temas e invenciones, como la clara imagen de ser un escritor bajo el asombro, la agudeza que viaja por cada espacio artístico desde una sola voz. Una voz que trasciende lo formal y vela por tener en su lenguaje la tradición y a la vez el carácter de renovación, manifestada así para

perdurar en la consistencia de la memoria. Ese reconocimiento, el que lo coloca en comunicación con otros ámbitos, es la fortaleza con que el escritor accede a la atención lectora. Decía Jorge Larrosa que *“El lenguaje no es ya lo pensado, sino lo que da qué pensar”*, y en esa medida, en la proximidad con que nos lanzamos a leerlo, legitimamos que su lenguaje conforma toda posibilidad de trascender lo cotidiano, bajo la rigurosidad y el estremecimiento que hace pensar el acto de escribir, en la ansiedad de la búsqueda y autenticidad de aquella grafía que llamamos lenguaje.

Heredero de Marcel Schwob y Carpentier, el camino hace a Pablo Montoya singular en una escritura inquieta que salta de hoja en hoja para crear esencia, en el manejo fiel de la materia del pensamiento. Por eso, con la relación intrínseca que lleva el autor con la pintura, quizá nos sumerjamos en un conocimiento profundo para contemplarnos en un cuadro, o tan sólo experimentemos el vínculo con el pasado sintiendo el rojo de la sangre que fluye en el color que se talla en el lienzo.

Advertimos que la imprenta de su lenguaje dialoga con la fabulación y con la filosofía. Su carácter ensayístico ofrece múltiples reflexiones a través del hombre para y con el arte, ¿bajo qué sentido? Para conseguir la arquitectura de la palabra. Lo que para Juan Manuel Roca es *“Buscar la palabra justa en el inmenso pajar del lenguaje”*, para Pablo Montoya es dar sonoridad a variados lenguajes,

asunto que nos hace internar en el todo dentro de uno; la comunión de una prosa poética, la ampliación de los aires de un discurso existencialista, que le hace pensar los hechos del ser ante el abandono. Sin asentarlos en estéticas o movimientos pues ya lo expresaría Oscar Wilde que *“Definir es limitar”*, convenimos en encontrar un cúmulo de temas tales como el exilio, la ausencia, la desolación, el amor, pero ante todo la vida dentro de la soledad para sentir el calor de un vocablo que busca justificación de una existencia por medio de una escritura, tal como un Ovidio, que lejos de Roma, se abandona en la redención de su poesía.



Escritor Pablo Montoya

Fue en su discurso al recibir el premio Rómulo Gallegos que dijo *“El ocultamiento me ha brindado la coraza de la autonomía”*,

dándonos la certeza de que la labor literaria, alejada de metodologías y estructuras académicas, es latente en la palabra solitaria del hombre. Ya lo diría Ernest Hemingway: *“Escribir es, en su máxima expresión, una vida solitaria”*. Y de esa manera, bajo la representación de una literatura que trasciende, osa por conservar la esencia clásica que nos hace enmudecer y habitar esa realidad fijada como literatura; la esencia que siempre hablará desde el silencio en la morada de la soledad.

Tal como una autonomía se forja en el lenguaje, se comprende de mano directa el asombro y la sospecha en Montoya, ya que contrariando los argumentos de una actual literatura donde se busca conmovir bajo el brazo de la historia, con sucesos, contextos y personajes inconsistentes, apoyada casi como deber sobre lo periodístico, para formalizar de manera ambiciosa una tendencia como un ejercicio del mercado. Es por ello que con Pablo Montoya acontece lo mismo con aquello que se dijo en El Surrealismo en la pintura, *“El ojo existe en estado salvaje”*, para sentir el trasfondo de los espacios imaginados como hogar, posibilidad, y acordar la sensibilidad que nos lleva a transitar dentro de lo narrado, aquello que queremos encontrar bello, y donde lo infinito e íntimo es el estado poético.